

solo de los hombres superiores, que defendió mal uno de los pasos del Argonne, y que se dejó cercar (13 de Septiembre).

Dos de sus lugartenientes se hallaban en plena retirada, y ya no sabía ni donde estaban. Por un momento se vió reducido á quince mil hombres, perdido sin recursos, si los austriacos que habían forzado los desfiladeros se aprovechaban de sus ventajas. Una vez más perdieron el tiempo. Dumouriez en una lluviosa noche, sin ruido, verificó su retirada, y fue seguido con tal lentitud, que pudo reunir sus tropas y hacer venir desde Rethel á Beurnonville con diez mil hombres.

Aquella retirada fue turbada dos veces por inexplicables pánicos, en los que 1500 húsares austriacos, con alguna artillería volante, dispersaron cuerpos seis veces más numerosos. Lo peor fue que dos mil hombres corriendo treinta ó cuarenta leguas, iban publicando por todas partes que el ejército había sido destruído. El rumor llegó hasta París causando viva alarma, hasta que el mismo Dumouriez escribió lo ocurrido, con toda exactitud, á la Asamblea nacional. La Asamblea y los ministros, en aquella ocasión se mostraron admirables. A pesar de este doble accidente, los ministros girondinos por una parte, y Danton por otra, sostuvieron unánimemente á Dumouriez. La opinión se mantuvo enérgica y firme á favor del general en retirada. Dumouriez arrollado; el ejército perseguido, se detuvieron, sostenidos por el corazón invencible de la Francia.

El 17 de Septiembre ocupó el campo de Sainte-Menehould, y ante él se posesionaron los prusianos de las colinas opuestas, que se llamaron el campo de la Luna. Ellos estaban más cerca de París, él más cerca de Alemania. ¿Cuál de los dos contenía al otro? era discutible. «Nosotros les aislamos de París, decían los prusianos.» En realidad su situación era muy comprometida. Su pesado ejército, cargado de impedimenta, no podía proseguir su camino fácilmente ante un ejército ligero, ardoroso, que le estrechaba por la retaguardia. No podía alimentarse; sus convoyes venían de lo más profundo de Alemania y se quedaban en el camino. El suelo de Francia le rechazaba y no le ofrecía nada para vivir más que el mismo suelo. Su ejército con todos aquellos equipajes reales, no era ya más que una procesión lúgubre, que iba dejando todos sus hombres en los caminos. El desfallecimiento era extremado. Se veían atascados en la fangosa Champagne, bajo una lluvia implacable, como tristes babosas que se arrastran, sin adelantar un paso, entre el agua y la lluvia.

Dumouriez, al que se le unió el 19 Kellermann, se encontró al frente de setenta y seis mil hombres, más fuertes que los prusianos que no eran más que sesenta mil. Estos, internados en Francia, habiendo dejado á un lado Thionville y otras plazas, se enteraban de que en el mismo momento un ejército francés invadía la Alemania. Custine marchó contra Spire, saltándola el 19. Le llamaban en Maguncia y en Francfort. Una Alemania revolucionaria, una Francia, por decirlo así,

se alzaba inopinadamente para dar la mano á la Francia desde la otra orilla del Rhin.

Aquí, corría la población al combate con tal arranque, que la autoridad comenzaba á asustarse y la contenía. Masas compactas casi sin armas, se precipitaban hacia un mismo punto; no sabían como alojarlas, ni como mantenerlas. En el Este, especialmente en la Lorena, las colinas y todos los puestos elevados se habían convertido en otros tantos campamentos groseramente fortificados con árboles caídos, á la manera de nuestros antiguos campos en tiempo de César. Versingetorix se hubiera creído, ante aquel espectáculo, en plena Galia. Los alemanes se preocupaban con razón, cuando avanzaban, al dejar tras si aquellos campamentos populares. ¿De qué modo volverían? ¿cómo hubiera sido una derrota á través de aquellas masas hostiles, que habrían bajado contra ellos de todas partes, como las aguas cuando se produce un gran deshielo?... ¿Debían aperibirse: no era con un ejército con quien tenían que luchar, si no contra toda la Francia. ¿Qué era comparado con ella aquel ejército de setenta mil alemanes? Desaparecía como una mosca en aquel espantoso océano de poblaciones armadas.

Tales eran sus preocupaciones, serias en verdad, cuando vieron que se realizaba, sin haberlo podido impedir, la reunión de Dumouriez y Kellermann. Este, antiguo soldado alsaciano de la guerra de los Siete años, celoso de Dumouriez, no había seguido de ningún modo sus indicaciones. Se había alejado un poco de él. En el Valle que separaba los dos campos, el francés y el prusiano, se había colocado delante, sobre una especie de promontorio, de protuberancia avanzada, donde se hallaba el molino de Valmy. Buena posición para el combate, detestable para la retirada. Kellermann no hubiera podido retroceder más que haciendo pasar su ejército por un solo punto con el mayor peligro. No podía replegarse sobre la derecha de Dumouriez si no atravesando un pantano donde se habría atascado; y aun menos sobre la izquierda de Dumouriez, del que estaba separado por un pantano y por un profundo valle.

No había, pues, retirada fácil; pero para el combate, la posición era tanto más ventajosa cuanto atrevida. Los prusianos no podían llegar á Kellermann más que recibiendo en el flanco todos los fuegos de Dumouriez. Hermoso lugar para vencer ó morir. Aquel ejército entusiasta, pero poco aguerrido todavía, quizás necesitaba que le cerrasen la retirada.

Por otra parte, para los prusianos era materia de gran reflexión; debieron comprender que los que se habían situado allí no querían retroceder.

Suprimimos de una narración seria las circunstancias épicas, con que la mayor parte de los historiadores han creído que debían adornar aquel gran hecho nacional, bastante hermoso para poder prescindir de adornos. Con mayor razón prescindiremos de las ficciones torpes con las

que se ha pretendido confiscar en provecho de tal ó cual individuo lo que es la gloria de todos.

Reservámos solamente la parte real que corresponde á Dumouriez. Aunque Kellermann se había colocado de otro modo que como él le había ordenado, aunque, contra su parecer, hubiese tomado por campo aquel puesto avanzado, Dumouriez demostró un celo estremado en sostenerle por la derecha y por la izquierda. Cualquiera pasión pequeña, cualquier rivalidad desaparecían en tan solemnes circunstancias. ¿Hubiera ocurrido lo mismo entre generales del antiguo régimen? No puedo creerlo. ¿Cuántas veces las rivalidades, las intrigas de los generales cortezanos, continuadas en el campo de batalla, han sido causa de nuestras derrotas?

No, el corazón se había agrandado entre nosotros; estuvieron por encima de ellos mismos. Dumouriez no fué ya el hombre sospechoso, el personaje equívoco; fué magnánimo, desinteresado, heroico, trabajó por la salvación de la Francia y por la gloria de su colega; fué él mismo en diversas ocasiones á sus filas, para compartir con él el peligro animarle y ayudarle. Y Kellermann no fué el oficial de caballería, el valiente y mediocre general que fué toda su vida. Fué un héroe aquel día, á la altura del pueblo, por que fué ciertamente el pueblo el que estuvo en Valmy mejor que el ejército. Kellermann se acordó siempre con cariño y ternura del día en que fué un hombre, no un simple soldado, del día en que su corazón vulgar fué visitado un momento por el genio de la Francia, y pidió que su corazón pudiese descansar en Valmy.

Los prusianos ignoraban tan perfectamente con quien tenían que habérselas, que creyeron que habían copado á Dumouriez, cerrándole el camino. Se figuraron que aquel ejército de *vagos, de sastres y de zapateros*, como decían los emigrados, tenía prisa por ir á esconderse en Chalons, en Reimes. Se quedaron algo admirados cuando les vieron audazmente apostados en aquel molino de Valmy. Supusieron por lo menos que aquellas gentes, de las que la mayor parte no habían oído jamás el cañón, se asombrarían al oír el nuevo concierto de sesenta bocas de fuego. Sesenta les contestaron y todo el día, aquel ejército, compuesto en parte de guardias nacionales, soportó una prueba más ruda que ningún combate; la inmovilidad bajo el fuego. Se tiraba entre la bruma de la mañana, y más tarde entre el humo. La distancia, sin embargo, era pequeña. Se tiraba sobre una masa: poco importaba apuntar. Aquella masa viva, de un ejército bisono conmovido por su primer combate; de un ejército ardiente y francés que se consumía de impaciencia por avanzar, se mantenía allí bajo las balas, recibéndolas á millares, sin saber si las suyas daban en el blanco; aquel ejército soportaba la prueba más ruda que pueda darse. Sin razón se pretende disminuir el honor de aquella jornada. Un combate de ataque ó de asalto habría honrado menos la Francia.

Por un momento los obuses de los prusianos, mejor dirigidos, sembraron la confusión. Cayeron sobre dos cajas que explotaron hiriendo y matando á mucha gente. Los conductores de los carros se apartaron á toda prisa de la explosión, y algunos batallones comenzaron á vacilar. La desgracia hizo que en aquel momento una bala matase el caballo de Kellermann, derribándole en tierra. Montó en otro en seguida, con gran sangre fría, y rehizo las líneas indecisas.

Ya era tiempo.

Los prusianos, dejando á la caballería en batalla para sostener la infantería, formaban esta en tres columnas que se dirigían hacia el llano de Valmy (á eso de las once). Kellermann vió este movimiento, forma también tres columnas de frente y manda decir á toda la línea: «No disparéis, esperad y recibidlos con la bayoneta.»

Hubo un momento de silencio. El humo se disipaba. Los prusianos habían descendido y franqueaban el espacio intermedio con la gravedad de un ejército veterano de Federico yendo á subir donde estaban los franceses.

Brunswick enfocó su anteojo y vió un espectáculo sorprendente, extraordinario. A imitación de Kellermann, todos los franceses, con sus sombreros en las puntas de los sables, de las espadas y de las bayonetas, habían lanzado un gran grito... Este grito de treinta mil hombres atronaba todo el valle: era como un grito de alegría, pero admirablemente prolongado; no duró menos de un cuarto de hora; cuando acabó, empezó de nuevo, con más fuerza cada vez: la tierra temblaba... Era: «¡Viva la nación!»

Los prusianos subían firmes y sombríos. Pero por firmes que fuesen, las líneas flotaban, se producían vacíos por momentos, y luego volvían á llenarse. Era que por la izquierda recibían una lluvia de hierro, que les mandaba Dumouriez.

Brunswick contuvo aquella carnicería inútil é hizo tocar alto.

El espiritual y sabio general había reconocido muy bien en el ejército que tenía enfrente un fenómeno que no se había visto desde las guerras religiosas, *un ejército de fanáticos*, y si hubiera sido preciso, de mártires. Repitió al rey lo que había sostenido siempre contra la opinión de los emigrados, que el asunto era difícil, y que con las grandes probabilidades que tenía Prusia en aquel momento para entenderse con el Norte, era absolutamente inútil é imprudente comprometerse con aquellas gentes.

El rey estaba sumamente descontento y mortificado. A eso de las cuatro ó las cinco se cansó de aquel eterno cañoneo que no producía más resultado que aguerrir al enemigo. No consultó á Brunswick, y dijo que se tocara á carga.

El mismo, según dicen, se acercó con su estado mayor para reconocer de cerca á aquellos furiosos, aquellos salvajes. Llevó su valerosa y dócil infantería bajo el fuego de la metralla, hacia el llano de Valmy.

Y al avanzar, reconoció la actitud firme de los que les esperaban allá arriba.

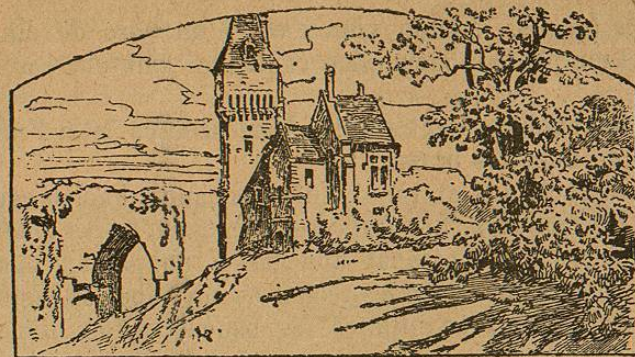
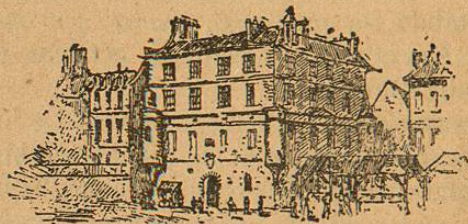
Estaban ya acostumbrados al trueno que oían desde tantas horas y comenzaban á reirse de él.

Una seguridad visible reinaba en sus filas. Sobre todo aquel ejército gravitaba algo, como un reflejo heroico, del que no comprendió nada el rey (si no la vuelta á Prusia).

Aquel reflejo era la Fe.

Y aquel alegre ejército que le miraba desde arriba era ya el ejército de la REPUBLICA.

Fundada el 20 de Septiembre en Valmy, por la victoria, fué decretada en París el 21, en el seno de la Convención.



CAPITULO XVII

El mundo se entrega a Francia —La Vendee contra Francia (Septiembre Noviembre del 92).

Impulso universal del mundo hacia Francia.—Fácil conquista de Niza.—La Saboya se entrega á Francia (fin de Septiembre).—Las poblaciones del Rhin llaman á la Francia.—Spire, Worms, Maguncia (Septiembre-October).—Lille bombardeada rechaza á los austriacos (6 de October).—Francia conquistadora contra su voluntad.—Los pueblos libertados quieren ser franceses.—Francia no les acepta más que para salvarlos.—Encuentra un enemigo en su seno.—Ingratitud de la Vendee.—Su primer combate (24-25 de Agosto).—Parcialidad de la Revolución por el aldeano (26 de Agosto).—La Revolución más cristiana que la Vendee.

La Convención había enarbolado el 21 de Septiembre, en el pabellón de las Tullerías, la bandera de la República. No habían transcurrido dos meses y todos los pueblos de los alrededores habían abrazado aquella bandera izándola sobre las torres de sus ciudades.

El 24 y 29 de Septiembre, Chambery y Niza abren sus puertas, la puerta de Italia. Maguncia recibe el 24 de October á nuestras tropas con el aplauso de Alemania. El 14 de Noviembre es izada la bandera tricolor en Bruselas; Inglaterra y Holanda la ven con horror flotar en la torre de Amberes.

En dos meses, había inundado la Revolución á su alrededor todas las orillas; subía, como el Nilo, saludable y fecunda, entre las bendiciones de los hombres.

Lo más maravilloso en aquella admirable conquista, es que no fué una conquista. No fué otra cosa más que un mutuo impulso de fraternidad. Dos hermanos, largo tiempo separados, se encuentran y se abrazan; esta es aquella grande y sencilla historia.

¡Hermosa victoria! ¡la única! ¡como no se ha vuelto á ver jamás! Allí no había vencidos.

Francia dió un solo golpe y se rompió la cadena. Este golpe lo dió en Jemmapes. Le dió con la autoridad de la fe, cantando su himno sagrado. Los soldados bárbaros se estremecieron en sus reductos, bajo